

Personajes en busca de nuevos autores españoles

JOSÉ LUIS LANASPA

Cada vez más somos Broadway: largas temporadas de musicales que acrecientan el número de espectadores. Nada que objetar a espectáculos con respaldo comercial y de gran éxito como *La bella y la bestia*, *Hermanos de sangre*, *Historia de un caballo*, *Hello Dolly* o *My fair lady*, ahora en las carteleras madrileñas. Pero se echan de menos obras cercanas que nos hagan reflexionar —el teatro es vida— sobre lo que nos rodea: autores españoles que intenten descifrar la España cotidiana y actual, la que va bien, la otra o la de en medio. Nos faltan un Jardiel, un Buero, un Mihura... (hay más nombres) nuevos que nos cuenten desde las tablas lo que pasa hoy en nuestra escalera; que se acerquen a las inquietudes de la chica y el chico que buscan trabajo o que van a casarse al día siguiente; que nos hablen de las nuevas “sublimas decisiones” femeninas; que miren el ánimo de tantos ancianos, solos cada uno, ante el televisor...

Historias cercanas

No es que falte el llamado teatro social. Ahí está, por ejemplo,

TEATRO

Panorama desde el puente, de Arthur Miller, con los emigrantes que llegaban a Nueva York desde Europa. Pero tenemos emigrantes más cercanos en *Lavapiés* de distinto color y religión que aquellos otros emigrantes que llegaron de nuestros pueblos en los años cincuenta y que ya están asentados en el barrio, jubilados y con nietos. Vida cercana y tantas veces complicada. En las salas alternativas suele haber algún

reflejo. Como *Cous-Cous* y *churros*, en *Cuarta Pared*, que habla de la inmigración magrebí y de sus dificultades para conseguir papeles en un clima complejo y de creciente violencia. Pero, aparte de otras valoraciones, le falta la conveniente proyección. Ahí está también *Doce hombres sin piedad*, que se inició en la televisión norteamericana a principios de los cincuenta. Un tema candente, la lenta y a veces injusta justicia, de la que desgraciadamente tenemos tantas noticias. ¿Por qué no suben a los escenarios algunas de las indignantes sentencias en relación con las mujeres maltratadas?

Pero también en pretérito merece la pena ver la cara y la cruz de los comportamientos humanos que siguen vivos. Es el caso de *Madame Raquin*, de Émile Zola. Amores, odios y venganzas que, según las teorías del autor, brotan de la propia naturaleza, de la que el hombre ha de defenderse si no quiere ser un simple producto fisiológico sin libertad ni paz. La protagonista (la veterana y singular Julia Gutiérrez Caba) es una mujer de carácter fuerte, una adelantada en su tiempo, que recurre también al instinto para vengarse del prójimo que la ha empujado al sufrimiento.

Siempre nos quedará también el teatro clásico español. Y este comienzo de temporada nos llega Lope de Vega con *La Dorotea*, la novela de un desamor de juventud

del autor y el retrato de una época. Esta versión teatral de Luis García Montero la protagoniza Nati Mistral en un papel de atractiva Celestina. En torno a ella gira toda la obra, y el público, claro, la aplaude con entusiasmo.

Aquella generación del 68

Y por supuesto, aunque escaso, también hay teatro al que se podría llamar de actualidad periodística (y no sólo en salas alternativas). El Centro Cultural de la Villa de Madrid, que reúne condiciones de gran teatro, ha presentado *Cierra bien la puerta*, de Ignacio Amestoy, que sería un ejemplo a seguir: autor español y problema de aquí y de nuestros días. La obra nos cuenta la relación de una madre soltera con su hija (una chica de nuestros días) licenciada y sin trabajo. La protagonista, interpretada por Beatriz Carvajal, viene de aquella generación del 68. Aquella mezcla de buenas intenciones y simplezas. Por ejemplo, “haz el amor y no la guerra”: y así aumentó el número de madres solteras y de padres inmunes. La vida humana está rodeada de trampas, pero más si esa vida es de mujer. Un reflejo familiar. La madre y la hija se enfrentan y se protegen mutuamente como es habitual. Y los hijos vuelan aunque cada vez más tarde. Y las madres —en este caso, no hay padre— se preocupan en su papel protector. Tampoco quieren

quedarse solas. En cualquier caso, el heredado piso familiar es el refugio cuya puerta debe estar bien cerrada. Lo que queda de la generación del 68 es un tema sugerente que puede dar mucho de sí. Fue la víspera de la movida madrileña, la falsa rebeldía para jóvenes y el insomnio de la familia...

Y también hay comedias para pasar un buen rato, que tampoco

está mal. *Esmoquin*, de Santiago Moncada, para que se luzca Arturo Fernández, y *Aprobado en castidad* con la vuelta a los escenarios de Narciso Ibáñez Serrador. En fin, que no se muere el teatro. Y los aficionados siguen disfrutando y cumpliendo el emocionante ritual de los escalonados aplausos a los intérpretes, y el cerrado aplauso final, al protagonista y a todo el reparto, a punto de caer el telón... Pero escasean los nuevos autores. Valga, pues, la paráfrasis pirandelliana que abre este merodeo teatral.